

# Enseñar literatura: una reflexión de la práctica pedagógica sobre el sentido, a propósito de la literatura griega y la coyuntura actual por el Covid-19

José David Yepes Ramírez<sup>1</sup>

*Todo aquel que desee saber qué ocurrirá debe examinar qué ha ocurrido: todas las cosas de este mundo, en cualquier época, tienen su réplica en la Antigüedad.*

*Maquiavelo*

## Resumen

El presente texto es el resultado final del proceso de práctica pedagógica llevado a cabo en el periodo académico 2020-1. En él se tienen en cuenta dos temas fundamentales: el primero es una reflexión personal sobre cómo aprendí lengua y literatura y, el segundo, se refiere a la manera en que enseñaría literatura en la escuela. A su vez, para justificar los dos temas, su escritura está ambientada en la época clásica como recurso literario, en la que se ponen en escena algunos mitos que, articulados a la coyuntura actual provocada por la pandemia, amplían brevemente el sentido de la literatura y su reflexividad.

**Palabras clave:** lengua y literatura, sentido, historia, literatura griega, Covid-19.

## Abstract

This paper is the result of a pedagogical practice process carried out in the 2020-1 academic term. Two fundamental topics are addressed: the first is a personal reflection on how I learned language and literature, and the second refers how I would teach literature at school. To justify both topics, writing is set in classical period as literary resource. Some myths are presented and connected with the current situation caused by the pandemic to briefly broad the meaning of literature and his reflexivity.

**Keywords:** Language and Literature, Meaning, History, Greek Literature, Covid-19.

<sup>1</sup> Estudiante de la Licenciatura en Educación Básica con énfasis en Humanidades, Lengua Castellana de la Universidad de Antioquia, Seccional Oriente. Correo: jose.yepesr@udea.edu.co



## ¿Y cómo fue que aprendí literatura en la escuela?

Los curiosos acontecimientos que se relatan sobre la escuela siempre van a ser rememorados en cualquier conversación, por más vana que sea. Tal vez, desde ahí se hace un tránsito a las decisiones (mediadas por acciones) y sentimientos (sean hereditarios o no) que justifican en gran medida el presente -y posiblemente- el futuro. De esta forma, la escuela como el lugar donde pasamos la mayor parte de nuestra infancia e inicios de la adolescencia, no es indiferente al resultado de lo que somos. Así, me remito a la afirmación anterior en el silencio ensordecedor de esta noche; pensando en esos tres tiempos de conjugación que se hacen llamar *simples* en estructura, pero que tan solo pensarlos es un trabajo tan riguroso y delicado, que cualquier puntada mal hecha, afecta el tejido completo. Con esto quiero aclarar que las siguientes líneas son producto de pensar de forma a priori el presente, significando un pasado que es la carga de la memoria.

En muchas conversaciones he visto la cara de asombro de algunas personas que estudiaron conmigo en el colegio o que me conocieron un día casual, pues, hablarles sobre lo que estoy estudiando y de pensarse como maestro luego de una larga costumbre de más de once años, solo les causa fatiga y desprecio; somos los únicos que, saliendo de la escuela, queremos volver a ella. A veces, suelo evadir este tipo de encuentros, debido a la inseguridad con que pueda responder, porque para ser sincero tampoco lo sé. Solo puedo recordar algunos goces pasajeros que, tal vez, son el resultado impreciso de mi presente y futuro.

Antes de pensarme como maestro, todo fue producto de una atracción a la literatura. Pero no a la literatura que solo se encuentra en libros, sino a aquella que se representa. Así, enamorado del teatro, comencé mi recorrido en unas líneas invisibles pero reales con *El flautista de Jamelín*, primera obra en la que actuaba, donde en mi representación del *cojo del pueblo*, presenciaba cómo el flautista hipnotizaba las ratas devolviéndolas a los alcantarillados. A partir de allí, obras como *Momo y los hombres grises*, *En la diestra de Dios padre*, *Medea madre*, *La república de Débora Arango* e incluso la puesta en escena de un monólogo de

Bertolt Brecht, fueron los cimientos del placer por una literatura que, inconscientemente para ese tiempo, definiría la contingencia del futuro. Retomaré una enseñanza de uno de esos maestros de teatro que alguna vez nos dijo *que la máscara siempre debe ponerse dando la espalda*. Este axioma es la reflexión sobre la ficción, donde José (autor del presente texto), a partir de una metamorfosis se convierte en un *hombre gris*; el lugar de una intimidad que no se puede compartir y que en palabras más vulgares se llama *meterse en el personaje*.



- PIENSAN QUE EL TIEMPO LES PERTENECE
- PERO NO ES ASÍ
- USTEDES TIENEN RELOJ

- PERO NOSOTROS TENEMOS SU TIEMPO
- Y CABE PERFECTAMENTE EN NUESTROS DISPOSITIVOS
- PRONTO TENDRÁN LO QUE SUEÑAN
- PERO NUNCA SERÁ SUFICIENTE<sup>2</sup>.

Mi atracción temprana por el teatro se articuló posteriormente a la admiración por la mitología griega. En grado Décimo, un profesor llevó en tres pliegos juntos el Infierno de Dante; recuerdo que se tomó casi todo el periodo en explicar círculo por círculo; quién estaba en cada uno, los castigos que tenían, el descenso de Dante al infierno en búsqueda de Beatriz; historias que nos dejaban atónitos y que convertían el área de Español en la clase esperada de la semana. Me gustaba robarle tiempo al oficio cotidiano, pensando en lo maravilloso que era imaginar a un Poseidón que en su furia desencadenaba los mayores desastres bajo una emoción violenta, pero que tornando a la tranquilidad apaciguaba la marea, como si cada uno de nosotros fuera medido en su oleaje.

### Ítaca en la neblina

¡Tal vez el mismo Poseidón me ha abandonado! Me atrevo a narrar a continuación una pequeña metáfora que he construido y que relata y siente el inicio de las prácticas pedagógicas en secundaria. Léase esta narración como imagen de la escuela, de los sujetos que la habitan y de las relaciones que se establecen entre ellos, buscando explicar los sentimientos que puedan darse en ella al desembarcar el capitán (maestro) en un aula de clase.

Permítase el lector pensar al maestro en formación como aquél que respira el mismo aire desde esa extrañeza de aquel marinero que no ha pisado tierra en mucho tiempo. El clima favorece la desventura, ocultando esa línea fronteriza que está entre la costa y el barco, casi como si

una no pudiese existir sin la otra. En un clima tempestuoso, lo que refleja el catalejo es adverso a cualquier recorrido que muestre el mapa; la neblina en una hora convencional elegida por los marineros de todo el mundo y, por tanto, del país, obnubila cualquier camino que se pueda reconocer con exactitud. Suena ridículo y absurdo, porque un capitán reconoce el mar que navega, independiente de donde esté; pero no conoce a aquellos seres extraños que cambian el oleaje de la marea. Dioses enfurecidos, cíclopes salvajes o sirenas encantadas pueden confundir al hombre sobre aquello que ve.

Buscando Ítaca, el capitán parado en el toldillo del barco observa a cada uno de los tripulantes que lo acompañan. Se pueden vislumbrar tres grupos: los primeros, hombres majestuosos, de los que suelen comentarse los relatos más extravagantes y miserables, que están sentados en la esquina del barco y a veces en la bodega; arraigados a la idea de que son los que más años llevan navegando se inventan las máximas hazañas que elogien su presencia. Los segundos, inquietando la mirada, sufren de vértigo, en el centro limpian con balde y esponja conservando con delicadeza y honor la fortaleza, cumplen responsablemente con "La tarea" y hablan asertivamente cuando es requerida su participación. Y en los terceros marineros, sin ubicación alguna, distribuidos en todo el barco, no se puede identificar su lugar exacto en la embarcación; foráneos dispuestos a habitar un paraíso o el lugar más inhóspito. Compartiendo un mismo espacio, viven el mismo viaje a lo ancho del mar profundo tal como el barco Pequod o El playa Girón.

Para ser un barco antiguo pintado de verde y blanco, su magnitud se presencia en todo puerto que ha de descargar mercancía. Ambientado en los relatos más emocionantes como la aventura desmedida de Don Quijote de la Mancha, hasta unas mariposas amarillas que vuelan a su alrededor, da la bienvenida a cualquier nuevo tripulante que se suma a la campaña del navío. Luego de haber estado en otros tres barcos, naranjado y negro, rojo y azul, blanco y azul, el capitán, además de ser nombrado por momentos como la persona que está al mando, se inquie-

<sup>2</sup> Fragmento: Momo y los hombres grises, obra adaptada y representada por el grupo Teatro Bitácoras de La Ceja (Antioquia).

ta por observar durante un breve momento qué hace falta para alcanzar lo que dice el mapa del tesoro. Los tripulantes piensan que el capitán sabe por naturaleza el rumbo (por eso no lo juzgan), pero él, angustiado en la cámara del capitán, se percató de lo sucedido. Piensa en las posibles catástrofes que pueden arremeter contra su navío, la responsabilidad al tener en las manos el mástil y jugar con las velas en contra de la corriente del viento. Cree que su peor error es ser consciente de todo esto; ya ha conocido otros barcos que, liberados al infortunio, cuentan las hazañas más impresionantes, como otros que partidos en pedazos son dejados por la marea en la orilla.

Parece que todo estuviera bien en el navío, como si navegar fuera fácil y el clima favoreciera la seguridad para los próximos viajes; se presencia un aliento frágil y armónico para guardar las anclas y poder navegar, aunque la costa promete mucho y el mar venera en silencio. ¿Y cuándo todo parece estar bien? Si la flota atiende a lo que el capitán quiere ¿tendrá sentido seguir navegando? Y si todos los tesoros que aparecen en el mapa son encontrados, ¿qué será del barco?

### ¿Y cómo es que yo enseñaría literatura en la escuela?

¡Vaya dilema pensar el futuro! Esta pregunta es muy peligrosa porque puede ser paradójico lo que pensamos en este momento, con algo que lleguemos a ser o hacer.

Recientemente he pensado en una frase que se le atribuye a Wittgenstein, *la verdad es un tono de voz*; quien así lo crea, es susceptible de convertirse en un falso orador que se legitima con mentiras y engaños en el esplendor de una habilidad. Siguiendo esta idea, las acciones de algunos maestros deshonran el saber; esto alude principalmente a aquellos que ante una pregunta cualquiera que realiza un estudiante, prefieren resistir con mentiras que admitir el desconocimiento. Por ello, mi mayor preocupación como maestro en formación es mi preparación en lengua

y literatura -sin alejarme de la historia- que me permita acercarme con más certidumbre porque, de lo contrario, sería irrespetuoso y deshonesto con mi profesión.

A mi modo de ver, dentro de la escuela se observa que los estudiantes son “callados”, pero, desde mi punto de vista, son reservados. Lo único que hacen es seguir aquellas “verdades” que la escuela les ha insertado: que el maestro es el único que puede hablar porque tiene el “conocimiento”, que la selección de aquellos pocos que pueden tener la voz es la ignorancia de quienes tienen oído. Saber que los estudiantes tienen algo por decir -que no se trata de que hayan leído los cientos de volúmenes- replantea las formas de promover la participación. Por ejemplo, la asociación es una de las habilidades que se debe ir pensando en el campo didáctico, hay cantidad de recursos que lo permiten, como el cine y el juego. Pero es el maestro como mediador y cómplice directo, quien estratégicamente hace posible su preparación y comprensión.

En una de sus frases más célebres, George Steiner nos hace *la invitación a entrar en el sentido*. Esta invitación es una carta que nos manda todos los días y donde firma La literatura; no tiene fecha, lugar de envío, ni remitente, simplemente dice eso. Sin duda, el sentido se educa como una interiorización dada de forma natural a lo largo de nuestras vidas; pero el sentido, que proviene del latín *sensus* (sentimiento), permite que el lector se desestabilice frente a aquello que lee, comprenda lo real desde antípodas completamente diferentes a las tradicionales y pueda simbolizar las imágenes más hermosas y las haga suyas. En esta línea, he decidido aceptar *la invitación de entrar en el sentido*, ofreciéndome la pandemia actual<sup>3</sup> un mundo real que encuentro similar a algunas imágenes que me ofrece la literatura griega, que responden en lo personal a la pregunta ¿Para qué enseñar literatura?

3 Pandemia provocada por el Covid-19 desde inicios del año 2020, obligando a que la mayoría de los países entren en cuarentena y cierren temporalmente las escuelas.

### La creación de una historia en pocas palabras

En la transcripción de una de sus conferencias, Nietzsche (2000) afirma que “Cuando es posible, todos prefieren sentarse a la sombra del árbol que ha plantado el genio. Quisieran substraerse a la dura necesidad de trabajar para el genio, con el fin de hacer posible su aparición” (pág.10). De esta forma, el árbol, que para el caso es la escritura, hace posible la aparición del genio, la historia. Aunque a los Sumerios se les atribuye las bases para la escritura alrededor del 3000 a.C., es necesario hacer la aclaración de que, según expertos, se tardaron otro medio milenio para que se empezara a desarrollar una escritura completa; es decir, una que en las tablas de arcilla escribiera más que números y registros de datos contables, como poesía, literatura o filosofía.

Muchos años más tarde, el ser humano estaba sentado a la sombra del mismo árbol; fue posible que un hábito suave y tranquilo provocara el desenfreno de unos sentimientos que lograron exaltar de felicidad o conmovirlo de tristeza. Este suceso fue el prodigio de nuestra vulnerabilidad, que ante el impacto permitió que nuestros antecesores descansaran su emotividad en las palabras que, conservadas en el tiempo, son el retrato vivo de la historia. De esta forma, son muchas las historias que el hombre ha podido crear; con ellas ha impregnado la cultura que mantiene viva la idea de *sociedad*. Las palabras -permeadas por la historia- fueron el juramento legítimo sobre el acto de crear, el polvo mágico que construyó los más grandes imperios que se hayan visto -como el Romano y el Otomano-; y que también, aseguró que muchas de las sociedades que carecían del poder militar fundaran un imperio epistemológico, entiéndase este último como una entronización de la cultura, el saber y el arte. De esta forma, se puede evidenciar esta idea en la Antigua Grecia, a la cual se hace referencia en el presente escrito.

Sin duda, como dicen algunas personas “Nada sale de la nada” y esto es un dicho que compete a la Antigüedad o al periodo clásico; se puede decir que es una de las sociedades más sobresalientes que hayan existido en la historia

y esto se debe al gran mérito de darle *aparición al genio* sobre el cual predicaban en la actualidad grandes ciencias. Por ejemplo, en Cosmología, se habla en principio de un planteamiento de Aristóteles sobre *el mundo supra lunar y sublunar*; también de este filósofo se conocen los inicios en estudios de Ética, Biología, Literatura con la *Poética*. Además, este polímata es fiel muestra de que la guerra no necesita más que de sabiduría, educando al hijo de Filipo de Macedonia, el emperador más grande que haya tenido el mundo, Alejandro Magno.

Otros autores del período clásico son historiadores como Tucídides y Heródoto y aedos como Homero y Hesíodo; el surgimiento de la cuna de la filosofía con los presocráticos, Sócrates y los mismos diálogos platónicos; Hipócrates, fundador de la medicina, entre otros. Estos son ejemplos que evidencian un “origen” de las ciencias que han alcanzado el prestigio en el presente. Lastimosamente, muchas de estas personas que son fervientes a aquellas, en la actual calamidad pública provocada por el Covid-19, han bebido agua del río Lete en el Hades, que provoca el *olvido de lo real*.

### Sobre el *Caos* y la elección del mundo

Más de dos mil años han pasado y una pandemia ha vaporeado el *Orden* que creíamos haber fijado por verdad. El *Orden* y el *Caos*, sin duda, son dos conceptos que se plantean como oposición, pero estamos experimentando que del uno al otro solo hay un paso. Para los griegos, uno de los poetas esenciales que dio el acervo para el origen de la cosmogonía del mundo fue Hesíodo; se dice que cuando cantaba sus más grandes versos se debía a una inspiración divina que le otorgaban las musas. En su Teogonía nos canta:

En primer lugar existió el Caos. Después Gea -la tierra- la de amplio pecho, sede siempre segura de todos los inmortales que habitan la nevada cumbre del Olimpo. En el fondo de la tierra de anchos caminos

existió el tenebroso Tártaro. Por último, Eros, el más hermoso entre los dioses inmortales, que afloja los miembros y cautiva de todos los dioses y todos los hombres el corazón y la sensata voluntad en sus pechos (vv.116-141).

En estos versos, Hesíodo relata el origen, uno que no se puede pensar sin que exista el *Caos*. Es paradójico pensar un *Orden* cuando todo comienza por el *Caos* -o ¿comienza por el *Orden*?- y en estos momentos de incertidumbre, donde se desestabilizan todas las bases en las que habíamos creído alguna vez, muchas personas lo nombran paradójicamente como *un tiempo de caos*. Tal vez sea necesario abandonar esa perspectiva de que el *Caos* se mueve entre tinieblas oscuras, cuando probablemente es el único que trae consigo las mejores creaciones, como la cura de una tierra ahumada y el despertar del recuerdo de *Eros*, dios del amor.

En esta alabanza al *Caos* en tiempos de confinamiento, avistaremos en pocos días un dolor de cabeza; esta jaqueca violenta será producto de una turbulencia desenfrenada de preocupaciones y estremecimientos; algo parecido al mismo dolor de cabeza que sufrió alguna vez el padre Zeus al ignorar los designios del Oráculo, pero que trajo el nacimiento de Atenea, que se presentaba esbelta en una luz centelleante, erigida en honor a la sabiduría y protectora de grandes ciudades. Solo piénsese en que el *Caos* se da por sentado y es algo ineludible en la contingencia actual; pero, definitivamente, para que pueda haber grandes transformaciones es necesario que padezcamos un dolor de cabeza, el nacimiento de la sabiduría, una cooperación que puede dilucidar mejores elecciones para evitar la corrosión apresurada del mundo.

## Recoger el hilo del laberinto

Cuenta el mito que ante un sacrificio incumplido por Minos (el rey de Creta) ante el dios Poseidón, este, enfurecido -como suelen ser los torbellinos- hizo que Pasifae, la esposa del rey, se enamorara carnalmente de un toro

blanco que estaba escondido en los rebaños; de esta copulación nació una especie nunca vista: el Minotauro. Obligados a retener a semejante bestia, fue necesario que Dédalo construyera un laberinto que albergara los caminos más dificultosos y confusos. En el año 1947, uno de los escritores más célebres de Latinoamérica escribe un cuento hermoso que puede ayudar a ilustrar y continuar con la narración.

Cada nueve años entran en la casa nueve hombres para que yo los libere de todo mal. Oigo sus pasos o su voz en el fondo de las galerías de piedra y corro alegremente a buscarlos. La ceremonia dura pocos minutos. Uno tras otro caen sin que yo me ensangrienté las manos. Donde cayeron, quedan, y los cadáveres ayudan a distinguir una galería de las otras. (Borges, 1974, pág. 570)

¿Se te hace conocida la imagen? ¿Tiene algún parecido con la pandemia actual? Lo curioso es que creamos una plétora de estrategias para evitar las garras del Minotauro, queremos huir del laberinto -cuando ni el mismo Dédalo pudo hacerlo con sus alas de cera-, y si por algún motivo logramos salir, la forma de hacerlo definiría lo que somos. Se dice, que el único hombre que pudo matar al Minotauro y salir del laberinto se llamaba Teseo; sin duda, un suceso de gran coraje y heroísmo. Sin embargo, la forma de lograrlo fue recogiendo un hilo que había dejado como rastro al momento de entrar. Una metáfora preciosa sobre la memoria, el recuerdo y una invitación a dar vuelta y recoger el hilo. Que en esta pandemia el hombre que entra al laberinto y vence al Minotauro no sea el mismo que salga.

## El recuerdo vivo de Eurídice

Luego de ser mordida por una serpiente, Eurídice -una de las ninfas más hermosas de los bosques- muere. Orfeo, argonauta que alguna vez participó en la búsqueda del vellocino de oro, se encuentra afligido y llora desconsoladamente con las melodías de su lira. Donde su esposa ahora

se encuentra no llegan sus canciones. En un deseo apresurado decide bajar al inframundo para recuperar a su amada (alrededor de quince siglos después Dante haría lo mismo por Beatriz en el infierno). Al sobrepasar a seres como Caronte y el perro Cerbero llega donde Hades, el dios del inframundo. Su desesperación lo obliga a arrodillarse ante sus pies, para suplicarle el regreso de Eurídice al mundo terrenal. Hades le concede su petición solo con la condición de que al salir del inframundo no voltee a mirar el rostro de su amada. Cruzando la última puerta de entrada al mundo terrenal, Orfeo volteo a mirar e inmediatamente Eurídice se esfuma volviendo al mundo de las sombras.

He elegido particularmente este mito para hacer referencia a la ausencia que sentimos en medio del aislamiento. En su medida, cada uno extraña y siente -como Orfeo- un deseo apresurado sobre algo o alguien que en los últimos meses no está presente. Tal vez, esto se deba al peor sentimiento que se ha hecho costumbre en las sociedades: la confianza. Una palabrota que nos maquilló el olvido y atiende al mañana con seguridad. Eurídice, como el anhelo insaciable de un recuerdo distorsionado nos ha abandonado, y solos, aislados en espacios herméticos queremos volver a ella -tal como Ulises a Ítaca-, pero estos son recuerdos vanos que prometieron la felicidad y la estabilidad, cuando el infierno y el Inframundo siempre han sido el mismo.

### **Pandora y Penélope, la esperanza del mañana**

El mito de La caja de Pandora es uno de los relatos más conocidos en la mitología griega. Por ejemplo, ha sido acogido por los discursos feministas y barnizado por los estudios éticos. Se conoce a Pandora como la primera mujer creada por Hefestos -dios herrero- quien recibió de regalo de los dioses una caja que nunca debía abrir. Impulsada por la curiosidad, Pandora la abrió y de ella salieron todos los males del mundo, como la enfermedad, el miedo, el odio y la tristeza; pero al final, una luz diminuta quedó centelleante en el fondo de la caja: la esperanza. Es esta una figura que ahuyenta nuestro miedo en esta pande-

mia arrasadora. Lo más paradójico es que en medio de la contingencia no queremos esperar, vemos la espera como un tiempo largo, repetido e infinito, parecido al castigo de Sísifo. Aunque la esperanza consiste, precisamente, en esperar, hemos sido educados para pensar en lo *facto*, en hechos; una sociedad apresurada del accionar influida por un sistema económico "eficaz", donde la productividad se mueve en las bases de tiempo y movimiento. Por tanto, el tiempo no debe ser una limitante infranqueable. Penélope esperó a su esposo Ulises durante veinte años, huyendo de los pretendientes, haciendo y destejiendo su tapiz; es esta entonces una muestra fidedigna de la paciencia, una imagen emotiva que da una lección en un ambiente tenso como se presenta hoy día, donde la esperanza es lo único que nos queda.

### **A modo de cierre, pensar el sentido en la literatura**

Este escrito comienza con una vivencia personal sobre la literatura y el teatro, termina con la referencia a algunas historias de la literatura griega pensada, a su vez, en la coyuntura que enfrentamos en la pandemia actual. En la época clásica, uno de los sucesos más destacados fue la invención de la tragedia representada en los Teatros griegos; grandes escritores como Eurípides y Sófocles pudieron sistematizar en una historia de pocas palabras la realidad social. Hoy, más de dos mil años después, volvemos a ellos para reflexionar y representar nuestra propia tragedia, una que debe leerse y encontrarse en el sentido de la literatura y que permite replantear las prácticas literarias en la escuela.

## Referencias

Borges, J. L. (1974). *Jorge Luis Borges Obras Completas*. Buenos Aires: Emecé Editores

Hesíodo (2007). *Teogonía. Trabajos y días. Escudo. Certamen*. Buenos Aires

Nietzsche, F. (2000). *Sobre el porvenir de nuestras instituciones educativas*. Barcelona: Tusquets.